
ecuador DEBATE

P224/REV 13315

QUITO - ECUADOR

ecuador DEBATE

NOTAS

1. *La Colección ECUADOR DEBATE es una publicación auspiciada por el Centro de Arte y Acción Popular, bajo cuya responsabilidad se edita.*
2. *ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:*

	Suscripción	Ejemplar Suelto
<i>América Latina</i>	<i>US\$ 10</i>	<i>US\$ 3,50</i>
<i>Otros Países</i>	<i>US\$ 12</i>	<i>US\$ 4</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Sucres 300</i>	<i>Sucres 120</i>

(En todos los casos incluye el porte aéreo)

3. *La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173-B, Quito, Ecuador. Oficina ubicada en Av. Las Casas 1302 y Arias de Ugarte. A esta dirección deberán enviarse las solicitudes de suscripción, compra de ejemplares sueltos y solicitudes de canje de similares.*
4. *El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité de Redacción.*
5. *Opiniones y comentarios expresados por los colaboradores son responsabilidad exclusiva de éstos y no necesariamente de la Revista.*
6. *El material publicado en la Revista podrá ser reproducido total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.*
7. *El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular*

índice

	Pág.
EDITORIAL	5
COYUNTURA	
LA DERECHIZACION DEL CENTRO Y LA CENTRALIZACION DE LA DERECHA: LA COYUNTURA ACTUAL, LAS PERSPEC- TIVAS Y LAS TAREAS	7
Luis Verdesoto	
ESTUDIOS	
REGION Y PARTICIPACION POLITICA	31
Manuel Chiriboga	
TRANSFORMACION DEL ESTADO Y MOVIMIENTOS SOCIALES	42
Julio Echeverría	
LA CUESTION REGIONAL EN EL ECUADOR	53
Jorge Trujillo	
ESTADO, NACION Y REGION EN EL ECUADOR	61
Rafael Quintero y Erika Silva	
CONFORMACION INSTITUCIONAL REGIONAL DEL APARATO ESTATAL ECUATORIANO	70
Iván Fernández	
DE LA NACION Y DEL INDIO: NOTAS PARA UNA TEORIA	88
José Sánchez—Parga	

ANALISIS Y EXPERIENCIAS

CLIENTELISMO Y MICROOLIGARQUIA EN LA CUENCA DEL GUAYAS	106
Lautaro Ojeda	
QUEVEDO: ESPACIO COMERCIAL Y ALTERNATIVA CAMPESINA	115
Carlos Pérez y Jorge Mogrovejo	
IMBABURA: CONFLICTO NACIONAL Y LADOS REGIONALES	125
Vícto H. Torres	
TRANSFORMACION DEL ESPACIO REGIONAL: COTOPAXI Y TUNGURAHUA	140
J. de Olano	
LOS CAMPESINOS Y EL CAPITAL COMERCIAL: EL PODER LOCAL EN VINCES Y BABA	149
Rafael Guerrero	
LA AMAZONIA: REGION IMAGINARIA	154
Jorge Trujillo	
CAYAMBE: EL PROBLEMA REGIONAL Y LA PARTICIPACION POLITICA	161
Galo Ramón	
TALLER: CONCLUSIONES DEL TALLER: NACION, REGION Y PARTICIPACION POLITICA	176

IMBABURA:

CONFLICTO NACIONAL Y LADOS REGIONALES

Víctor Hugo Torres

Muchos siglos antes de la conquista habitaban la región complejos sistemas sociales con formas políticas propias (autoridad cacical) y una estrategia productiva de utilización complementaria de pisos ecológicos, dentro de una racionalización tecnológica que proveía variedad de productos y mantenía un adecuado equilibrio ecológico, completado por una red de comercio a distancia (mindalaes) que abastecía de productos "ecológicamente extraños" y exóticos por lo regular originarios de las zonas tropicales o yumbos. La estratificación social de esta organización tenía su base en la extracción tributaria, que presuponía una jerarquización social a la que se pertenecía por herencia respectivamente. Así, Llacacuna como las de Tontaque, Cotacaches, Mochos, Intas, Tullas, Otavalos e Imbas con una comunidad relativa de simbolismos y ritualidades; es decir, aspectos generales de una cultura común, poblaban articulados a los dos cacicazgos más poderosos del norte andino: el de Caranqui y el de Cayambi.

El desarrollo de las relaciones de dominación coloniales a la par que fueron definiendo el contenido de la subordinación entre los dominados respecto de los dominadores alrededor de la hacienda, tuvieron un efecto a lo interno del propio proceso de diferenciación de las comunidades indígenas a partir de la mayor o menor expropiación de tierras, el tipo de vinculación con los obrajes reales o particulares, el nivel de dependencia frente a la hacienda y el carácter de su acceso; proceso que afectó a la jerarquización y liderazgos políticos propios de las comunidades, al tiempo que definió el carácter de su contenido respecto de las relaciones entre las propias comunidades, con la hacienda y el Estado.

Constituido sobre la base de una cruenta explotación del sobretrabajo indígena, el resultado histórico del hecho colonial fué la con-

formación de una sociedad polarizadamente jerárquica, con relaciones excluyentes y corporativistas que se mantuvo en espacios sociales totalmente aislados encapsulados en dinámicas regionales y locales, sustentadas en la permanente represión a todo intento de protesta del pueblo indígena. El contenido de sus luchas fueron definiendo el carácter de la relación con los dominadores; en particular demarcaron los límites de aquella aristocracia criolla, que bloquearon toda posibilidad de participación de los pueblos indígenas en los procesos independentistas; así la formación de la república no fué un hecho que alteró la subordinación local, sino que lo contrario resguardó y mantuvo las relaciones coloniales dentro de las republicanas, en particular con el desplazamiento del control ideológico directo sobre los pueblos indios hacia la Iglesia.

Con la decadencia y desaparición de la actividad obrajera en la región fué definiendo la verdadera matriz de la dominación: la hacienda. Su diferenciación resultante fue también para las comunidades un proceso interno que refleja diverso tipo de relaciones y comportamientos, dependiendo de diversidad de factores que han posibilitado de una parte el mantenimiento de ciertas comunidades con autonomía económica del patrón a partir de su inserción directa en el mercado artesanal, (desligamiento que en términos políticos al estar articulado a la dinámica global se traduce en una no supeditación inmediata al hacendado pero tampoco una independencia total y completa del mismo), mientras por otra parte la mayoría de comunidades mantienen una íntima relación con la hacienda.

Este proceso histórico tiene su contraparte estructural, esto es que el carácter de continuidad de las relaciones hacienda-comunidades está articulado a las formas y mecanismos de la resistencia campesino-indígenas locales, así como al conocimiento de su propia estrategia de sobrevivencia; condición que deviene necesariamente en una suerte de convivencia por parte del "patrón" con las condiciones del mundo indígena, que propicia la vigencia de un espacio de sobrevivencia comunal ligado a los diversos cortes intrínsecos a la relación; y, que desde otro ángulo, intenta velar y ocultar en la práctica cotidiana la potencialidad que tiene el reconocimiento de que la realidad indígena y campesina tiene orígenes históricos comunes, que se internan en el pasado colonial, republicano, bajo la explotación que impuso la dominación cultural étnica.

Desarrollo Nacional, Reducción Regional.-

Las tendencias que brevemente hemos reseñado se mantuvieron durante el último siglo hasta los inicios de la segunda mitad del presente sin ninguna transformación substancial en la región, recién a partir de la década de los años cincuenta con los inicios de las transformaciones agrarias y la modernización de la economía, es que se empiezan a sentir transformaciones importantes al calor de la consolidación de las relaciones capitalistas como sobredeterminantes de la formación social ecuatoriana. La serie de cambios a nivel económico, político y culturales desatadas en los años sesenta con la reforma agraria y el proceso de modernización del Estado tienden a dinamizarse en los años setenta con el auge del "boom" petrolero, y consecuentemente inciden directamente en las modificaciones agrarias andinas, en particular respecto de los procesos de diferenciación social entre las comunidades, la readecuación de las relaciones con la hacienda y en particular los cambios operados en las estructuras internas de las comunidades de la sierra norte. A este nivel se puede visualizar un profundizamiento de las relaciones ya constituídas históricamente en las que la reciprocidad desigual entre haciendas-comunidades fué adquiriendo relativa "importancia", dentro de un espectro diseminado temporalmente en los últimos treinta años, pero asentados en el carácter estructural de su diferenciación respecto de la distancia frente a la hacienda.

Los años setenta como la expresión de una coyuntura reformista en la que los cambios en la estrategia de las haciendas se consolidaron hacia su modernización, y la crisis de aquellas "ausentistas" posibilitaron un mínimo desfoje de la presión campesina por la toma de tierras, los ímpetus de la industrialización y su consecuente secuela de efectos para ampliar el "mercado interno" como los movimientos. La ampliación de los servicios, la expansión urbana, la apertura de caminos para la integración nacional; en fin todos aquellos procesos propios a la consolidación de un capitalismo retrasado e impulsado fuertemente desde el propio Estado en tanto agente del "desarrollo"; propiciado una apertura abrupta con el mundo "externo" de la comunidad andina del norte; a la vez, que evidenciaba con mayor precisión el sentido profundamente desigual y excluyente del "crecimiento" nacional y, consecuentemente el traspaso desde una dinámica encapsulada en las relaciones coloniales hacia una dinámica marcadamente regional.

Este desarrollo regional hace referencia a la articulación de las relaciones de producción ubicadas geográficamente y dentro del contexto histórico enunciado, en el que se sobreponen sin anularse necesariamente un conjunto de relaciones de producción, circulación y distribución de carácter capitalista y no capitalista, que ancladas en su proceso histórico particular, devienen en la vigencia de una tradición cultural expresada en una identidad regional de Imbabura con múltiples determinaciones: es decir, nos mantenemos bajo el criterio de que lo regional está determinado por el tipo de relaciones sociales especialmente ubicadas, en la medida en que su dimensionalidad posibilita abordar el problema de las clases y/o sus agentes locales y sus respectivas formas de articulación en torno a la esfera productiva y a los espacios de poder. En este sentido, el límite de lo regional es justamente cuando un conjunto de relaciones sociales ubicadas geográficamente entran en contradicción con otro conjunto de relaciones sociales igualmente ubicadas geográficamente.

El desarrollo centralizado del capitalismo hace referencia también a la manera como en la sierra norte se ha reorganizado el espacio, en particular por la presencia de formas precapitalistas de producción sustentadas en estrategias de producción comunales de autosubsistencia con un bajo desarrollo de las fuerzas productivas y densamente pobladas, es el caso del espectro de comunidades indígenas asentadas en las faldas del Imbabura y en las zonas altas de las cordilleras respecto de los pequeños valles norteños.

El hecho de que las relaciones salariales no cubran todos los rincones de la región no significa que el capital como tal se encuentre ausente, ya que se presenta a través de la esfera de la circulación, la cual se constituye en el espacio de articulación y subordinación de las formas no capitalistas de producción al desarrollo capitalista; así por ejemplo, los movimientos migratorios hacia las ciudades y centros industriales por parte de los "otavaleños de comunidad" para trabajar en la construcción o en fábricas textiles nos da la muestra de que son sectores que sirven para el capitalismo en la medida en que conforman un potencial proveedor de fuerza de trabajo; así como se incorporan al consumo de mercancías producidas en sectores capitalistas (por lo regular distantes), a pesar de que en muchos casos las posibilidades de acceso al consumo están mediadas por un espectro de relaciones de usura propio de los altos niveles de pauperización social en que vive la población indígena en Imbabura; o a su vez por el hecho de vender una mínima producción agropecuaria en las ferias locales, o por constituir un es-

pacio comercialmente importante por la producción y venta de productos artesanales y con ello un centro importante de turismo como el caso del mercado de Otavalo de los días sábados; o también, por ser sujetos de ciertas políticas crediticias; condiciones que en su conjunción imponen en estos sectores una modalidad marginal de inserción en el desarrollo capitalista, dentro del que sobreviven y coexisten diversas racionalidades en el mismo espacio geográfico, pero que tienden a delinarse aparentemente (en una relación de resistencia) en una lógica centrada en la realización del plusvalor creado en otras regiones, a pesar de que existan mínimos focos locales de extracción de plusvalía.

Desde esta perspectiva se puede intuir que la configuración del territorio se fué gestando desde el pasado colonial, pero que al presente muestra indicios de una funcionalidad a las tendencias de acumulación y reproducción del capital en detrimento total a la economía agrícola "tradicional" o de subsistencia, y a una artificial necesidad de urbanización que se interna en el seno de las dinámicas comunales; generando una creciente exacerbación de contradicciones y equilibrios entre lo urbano y rural, que se asienta en la ya existente discriminación étnica entre el indio y el mestizo vigente con más crudez en los pueblos y ciudades de la provincia.

Conviene insistir en lo que significa el mercado dentro de la dinámica regional, no con la intención errada de definir el "tipo de desarrollo" a partir del tipo de mercado, sino porque las características del mercado asentado en la zona tienden a ser reguladas por el trabajo regionalmente necesario. En la medida en que el mercado se constituye en una visión globalizante de la circulación, en tanto fenómeno "económico" existe como espacio de realización del trabajo privado en trabajo social regulado por la ley del valor, así el mercado es simultáneamente "el espacio de representación del proceso de producción y del concomitante proceso de distribución asentado territorialmente en un escenario geográfico" (1)

Las características del mercado nos remiten a la comprensión de las tendencias y mecanismos de la circulación de mercancías, en tanto expresión de la circulación del capital bajo diferentes formas articuladas en una compleja estructura regional, que nos posibilita visualizar la particular oferta de mercancía en relación a su diverso origen espacial; en-

(1) *Efraín González de Olarte: Economías regionales del Perú, p. 83, Ediciones IEP, Perú, 1982.*

frentada a la capacidad de ésta oferta de satisfacer las necesidades (demanda) regionales; en las que simultáneamente se expresan las formas de diferenciación social comunal a través de su distinta capacidad de acceso determinada por el monto y tipo de ingresos. En esta perspectiva, podemos ver como las comunidades indígenas se encuentran atravesadas por la dinámica mercantil en una relación de subordinación a la demanda "mestiza" —concentrada en ciudades como Ibarra, Otavalo, Cotacachi, Atuntaqui, etc.— de bienes de consumo industrializados y servicios, que desatan una relación de comercialización profundamente usurera hacia la población indígena, que deviene en formas de diferenciación de corte individualistas, que tienden a descomponer las relaciones de reciprocidad andinas dentro de una relación parcial y desigual; y, que a manera de contraparte enfrenta la producción básicamente agraria de subsistencia indígena con el mercado, a través de la sustentación de su propia estrategia de retener sus productos fuera de la circulación mercantil y de tratar de reducir al mínimo la necesidad de "insumos externos" por lo general reducidos a artículos como sal, aceite, manteca, combustibles; que son satisfechos en las "tiendas" y comercios mestizos afirmados sobre una funcionalización usurera de la reciprocidad andina.

Como vemos, la presencia de una producción doméstica centrada en el autoconsumo comunal se enfrenta con una circulación mercantil—industrial externa, en la que incluso por las propias condiciones estructurales del "desarrollo" los precios de los productos se alteran por razones de transporte, distancia, que ligadas a la dinámica inflacionaria agudizan estas formas de especulación y comercialización usurera a niveles extremos de expoliación social. En esta relación capitalista regional coexisten componentes no capitalistas de relativa importancia que concentran altas tasas demográficas, pero que tienen un comportamiento que podría compararse con la producción mercantil simple y que se articula totalmente a la circulación del capital; básicamente a través de las relaciones en el mercado de bienes de consumo y fuerza de trabajo, generadores de un mínimo ingreso monetario que posibilita a las comunidades obtener mercancías por vías capitalistas usureras y de pasividad en la recepción de precios.

La penetración del capitalismo en las estructuras comunales se da también con la introducción de nuevos medios de producción en particular agrícolas como tractores, fertilizantes sintéticos, semillas, etc., que acompañan a los movimientos por la tierra (en los últimos años), que se topa con una dinámica más lenta subordinada parcial y margi-

nalmente a las condiciones de la ley del Valor al no contar con los recursos que aseguren una tasa media de ganancia productiva (como las haciendas modernas); por ello mantienen una oferta restringida, que ligada a la vigencia de formas de producción artesanales podrían conformar en algunos sitios y bajo ciertas condiciones particulares espacios mercantiles restringidos o "micro-regiones".

La centralización física del capital productivo está en la base de la existencia de dinámicas regionales en el país, su movimiento se traducen en expresiones a nivel espacial, productivo, de circulación y distribución y fundamentalmente sobre las clases y sectores sociales actuantes en el proceso, quienes a partir de su propia historicidad podrían conformar unidades económicas particulares con un espectro cultural propio y en vigencia; es el caso de las comunidades más cercanas al norte de Otavalo que se encuentran asentadas en un territorio extremadamente pequeño y con similares condiciones de posesión de la tierra, en las cuales se combina una estrategia agropecuaria y artesanal, conformada por unidades familiares de tipo nuclear que a partir de su relación histórica con la hacienda desarrollaron una actividad eje en su economía: artesanal o agrícola y otra complementaria. Aquellas comunidades en las que el componente artesanal es el prioritario para su "fondo de consumo" son las que lograron mayor autonomía del hacendado y mantienen una correspondencia directa entre la unidad de producción y la unidad doméstica de consumo, la cual posee (de diversa forma) los medios de producción para la artesanía y la agricultura; es la mayor proveedora de la fuerza de trabajo, controla, dirige, ejecuta el proceso productivo y se apropia del resultado de su trabajo colectivo así como define su destino.

Aquellas comunidades que mantienen un mayor peso en sus actividades agropecuarias, y su actividad artesanal se constituye en apoyo complementario, se sostiene igualmente como unidades domésticas temporalmente ampliadas (agrupación de generaciones) asentadas en parcelas minúsculas de tierra menores de 1 Ha. que por el crecimiento y concentración demográfica, así como por el cada vez más reducido acceso a recursos, viven una microprofundización agraria en la que se esfuerzan por mantenerse con eficiencias con el uso de su "tecnología andina".

Estos componentes de la estrategia de sobrevivencia mantienen una fuerte producción agrícola dedicada al autoconsumo, mientras que lo artesanal tiende a ser incorporado por el movimiento mercantil y con ello subordinado a través de la circulación al proceso de acumulación capitalista, incorporación que se da al momento de acceso al mercado

de Otavalo (suntuario y turístico), así como por los mecanismos usureños de comercialización de la materia prima para la artesanía (lana natural, hilos, colorantes, etc.). Muchas de las relaciones de producción que se dan en la zona no giran en torno a la relación salarial, ya que si bien unos talleres familiares racionalizan el tiempo de trabajo disponible de sus miembros con la migración temporal, otros desarrollan formas de trabajo dentro de las "grandes familias" que contratan numerosos tejedores; o se da la presencia de unidades estrictamente familiares que contratan "peones tejedores" (en ocasiones parientes); mantienen vigencia un conjunto de vínculos de parentesco y afinidad combinado con relaciones de reciprocidad y redistribución en tanto condición de la reproducción social doméstica y comunal.

Otro de los elementos que nos permite acercarnos a caracterizar como microregión a estas comunidades, es el referente al tipo de articulación subordinada de éstas al mercado local de Otavalo en tanto ciudad eje—mercantil y administrativa, así como al tipo de estructuración política, sea en el caso de las comunidades predominantemente artesanales, que se da alrededor de las relaciones clientelares de las "grandes y medias" familias, sea en el caso de aquellas más de corte agrario en la que la combinación de nuevos y viejos elementos se traduce en una jerarquización de poder, sustentado en sistemas de solidaridad familiar, que mantienen en vigencia al cabildo como espacio de cohesión y movilización; mantienen todos una relación conflictiva con las autoridades asentadas en el pueblo cabecera cantonal por lo regular mayoritariamente mestizo. La interrelación entre estas condiciones confluyen en una identificación étnica de carácter microregional importante entre las comunidades, en el sentido de que sus habitantes mantienen una primaria identificación (no exclusiva) con su pequeño e inmediato ámbito territorial antes que con un espacio regional más vasto; así la conciencia de pertenecerse a Illumán es más fuerte y precisa que la conciencia de ser de la provincia de Imbabura.

Etnia y Dominación Nacional.-

Este conjunto de cambios vividos por las comunidades se traduce en un proceso de transformación—conservación de las diversas relaciones sociales, que coexisten articuladas en una dinámica compleja y multi-determinada, en donde sobresale el predominio de cambios externos e internos a las comunidades; al mismo tiempo que se produce la con-

servación de otros elementos igualmente externos e internos, en donde aquellas transformaciones tienden a articularse al "desarrollo" regional. Es decir, esto significa que si bien unos componentes del proceso son un medio de valorización del capital, otros constituyen el basamento de la reproducción de economías domésticas comunales mantenidas por el campesino indígena, en las que encuentra asidero la revitalización de la identidad étnico cultural.

FLACSO - Biblioteca

Este proceso presupone la tendencia al fortalecimiento de las relaciones comunales, una relativa pero importante ampliación de su frontera agrícola y pecuaria, la redefinición de las relaciones con los pueblos mestizos que concentran la autoridad formal, el reforzamiento de las relaciones de reciprocidad, la defensa del quichua así como la decisión de un mayor manejo del castellano en tanto forma de profundización de su identidad aborígen, que se manifiesta en la solidaridad hacia otros pueblos indios y grupos étnicos. Esta superposición de determinaciones que se articulan desde el oscuro pasado andino, se expresan en la vigencia de diversos niveles de prácticas ideológicas de simbolismos y ritualidades cotidianas, en las que su historicidad se plasma en una práctica "socialmente inconsistente" antes que en un discurso semántico conceptual formal, así como en otras formas en las que las relaciones de cambio se vierten en contornos complejos de conciencia de corte individual por parte de las personas que las viven.

Así, esta articulación de relaciones sociales viejas y nuevas coadyuvan a la conformación de las condiciones de subordinación a las clases dominantes, y a la construcción de la hegemonía política sobre las contradicciones y conflictos entre clases sociales y sus agentes, a la par que da origen tanto a la conciencia étnica y de clase del campesinado, como al desarrollo de su propia ideología de oposición. Esto nos permite afirmar que muchos de los contenidos ideológicos propios a la relación de producción pre-capitalista son incorporadas a las nuevas relaciones de producción dominantes.

La necesidad de la propiedad y acceso a la tierra ha sido el eje sobre el que ha girado la movilización campesina de los últimos tiempos, en la medida de que su reconocimiento ha constituido la condición básica para el mantenimiento de la reproducción social de su economía doméstica y la continuidad familiar. En fundamento a esta condición se dió un proceso histórico de relación con la tierra, que ha definido un aspecto de su identidad étnica, a partir de la formación de la hacienda y el control corporativo del poder estatal por parte de la aristocracia

criollas; grupo social que desencadenó un conjunto de relaciones sociales de corte profundamente servil hacia la población indígena, en la que la hacienda se constituyó en el centro legitimante de la vida campesina como ya lo anotaremos.

Esta actitud nos interesa destacarla en la perspectiva de ilustrar la capacidad del patrón de utilizar parte de los componentes de la identidad étnica para funcionalizarlos a sus necesidades de enfrentar "convenientemente" a sus intereses la lucha por la tierra, que se traducen en la manipulación de valores y mecanismos que desataron un enfrentamiento entre comuneros por el usufructo y propiedad de la tierra; y que incluso adoptó formas violentas como el caso de los comuneros de Angla a inicios de los años 70, o los del enfrentamiento en el conflicto Quinchuquí en los 80. El Estado a este nivel juega también un papel importante en el empleo de la etnicidad para su función legitimante, en particular por la acción mistificadora ideológica de los funcionarios de los aparatos burocráticos agrarios, que consideran "retrógrado e ineficiente" el manejo tecnológico, agropecuario y ecológico comunal, versión que a la vez se constituye en el basamento de la interpretación oficial de los conflictos a este nivel, así como el vehículo de justificación de una supuesta "superioridad" racial frente al campesino indígena; y consecuentemente expresan su identificación de clase reforzada por la política de aculturación oficial.

Las relaciones racistas sobre los indios considerados "naturales" y legitimadas desde la Colonia a partir de imponer su condición de inferioridad, fue sacramentalizada por las prácticas ideológicas de la Iglesia Católica, a manera de guardián legal y emblemático de aquella "abyecta y miserable raza indígena" (Constitución de 1830), en la que la simbología de la ritualidad secular se superpuso a su correspondiente andina en vistas de fortalecer su aducida inferioridad, así como su carácter socialmente "impuro" en el que la visión del mundo terrateniente católico se montó sobre la cosmovisión indígena. Por su parte, esta adaptación forzada de la reciprocidad andina a los nuevos esquemas, debido —por su vigencia a través del tiempo— en una codificación de tradiciones y costumbres en muchos casos legales, pero necesarias a la reproducción de las condiciones de subordinación y dominación.

Las transformaciones agrarias de las últimas décadas, acompañadas de los efectos de la modernidad, dislocaron el poder ideológico de la Iglesia ya sea por el propio movimiento progresista que se desató a su interior en oposición a los grupos más tradicionales, o por efecto

de la presión campesina en tierras de la Iglesia; desplazamiento que devino en crisis que posibilitó la apertura de una brecha de penetración de numerosas sectas protestantes evangélicas (Bahai, Pentecostales, Testigos de Jehová, Mormones, etc.) a la región, quienes se lanzaron en una campaña masiva de "conversión" de los indígenas a partir de desplazar la redistribución ceremonial que permitía el reforzamiento de lazos de parentesco hacia una experiencia religiosa marcadamente individual, donde se desalojaba en la mediación ante Dios a los ídolos católicos y concomitantemente, se desarrolló una nueva concernencia en la que los individuos son el medio directo de conexión con la divinidad; campaña que contó con el apoyo de cuantiosos recursos materiales y en especial por la difusión en quichua de la religión protestante a través de la creación y promoción de la radio Bahai asentada en Otavalo.

La cotidianidad en la práctica de estos ritos devino en una nueva actitud de apariencia menos agresiva y de autocontrol de parte de los comuneros protestantes, en los que se impuso prioritariamente la abstinencia total en el consumo de alcohol y tabaco, y con ello, una no participación en las dinámicas ceremoniales comunales, generadoras de una tendencia al ahorro de dinero, que a su vez les posibilita un mayor acceso al mercado; y con ello la imagen de que los indígenas evangélicos participan de mejores condiciones económicas de aquellos que no se han convertido. Al punto que por la necesidad de conseguir dinero en efectivo, ciertas familias campesinas tienden a limitar su propio consumo y a tratar de vender un mínimo excedente, o comercializar a pérdida productos artesanales, es decir; puede intuirse que la subjetivación del dinero se plasma en un nuevo contenido simbólico de mistificación del mismo, concentrando su atención y con ello desviando significativamente el interés inmediato por la tierra, la presión por transformar las expresiones étnicas en artículos folklóricos comercializables y consumidos por un turismo suntuario; circunstancias que frenan significativamente el avance de la lucha por sus propios intereses campesino indígenas.

Sin embargo, por su propia condición de creciente pauperización y pobreza, las familias indígenas necesitan de mantenimiento y reproducción de las relaciones de reciprocidad y afinidad para su sobrevivencia, debido en particular a los efectos de la acción disolvente del protestantismo que tiende a corroer al compadrazgo y su círculo de afinidad. Es así que los comuneros están dando un giro, en el sentido de mantener el contenido de su relación a pesar del cambio en su forma; esto es, que la necesidad de mano de obra extra familiar es satisfe-

cha desde el uso y funcionalidad de las nuevas relaciones de "hermandad" como mecanismo de reciprocidad, dentro de lo que podemos visualizar una dinámica de readecuación de la reciprocidad andina a la penetración protestante en la región.

Simultáneamente, el ingreso en una segunda fase posterior de algunas agencias extranjeras (en particular norteamericanas) como Visión Mundial, el Plan Padrino, que se asientan sobre las familias ya convertidas al protestantismo —por la acción de las primeras misiones locales) y que a través de la entrega gratuita de cuantiosos recursos a ciertas familias de la comunidad con la mediación de determinadas personas indígenas, así como de su accionar a través de la dinámica de reciprocidad familiar (la estructura del regalo, ayudas, etc.) generan un doble efecto en el que se combina una fuerte agudización de la diferenciación interna en cada comunidad y entre ellas, y un intento de controlar ideológica y políticamente a la organización campesina; a partir de que el ingreso de recursos a la comunidad se lo realiza por cualquier vía que desconozca a los cabildos o cualquier otro espacio organizativo. Resaltando por su propia lógica de penetración que la agencia tiende a canalizar su "política" hacia aquellas comunidades en que los conflictos son más explosivos, desarticulando importantes espacios organizativos y generando formas violentas de enfrentamiento entre comuneros.

Como vemos, las relaciones de explotación están íntimamente fundidas con la de dominación y subordinación, a cuyo interior lo étnico y religioso cumplen un papel determinante. El fenómeno de conversión de muchas comunidades (Agato, La Compañía, Arioso, Camuendo, etc.) al protestantismo se da en los últimos tiempos, y va ligado íntimamente a la dinámica política nacional, así como a las transformaciones de las clases sociales y la acción de las organizaciones políticas en la región. Dinámica que significa el desarrollo de efectos "neutralizantes" y divisionistas tanto de los nuevos misioneros protestantes, así como de los católicos actuantes en la región, y que se funcionalizan a las políticas similares de los organismos gubernamentales.

Participación Campesina, Desarrollo con Posesión Nacional.-

En este complejo contexto regional perviven un conjunto de organizaciones en tanto expresión de fuerzas sociales aparentemente dispersas, pero que mantienen ciertos intereses comunes y una identidad étnica en proceso de resurgimiento, que a partir de la lucha por el logro de rei-

vindicaciones concretas (agua, luz, canalización, etc.) y por lo regular locales, han desarrollado formas organizativas que devienen en espacios propios de "negociación" de diversa naturaleza tanto con el Estado como con las agencias particulares de desarrollo, así como mantener posiciones en el debate de sus políticas en referencia a la trabazón regional.

Si bien existe un espacio legal de representación provincial que levanta una lucha reivindicativa indígena, centrada en el rescate cultural y la reivindicación étnica, por carecer de infraestructura y recursos que le imposibilitan adentrarse en las diversas zonas, así como por haber levantado una política ideologizante concentrada en el rechazo a las formas de aculturación (en su sentido más amplio) extraña y externa a los valores propios, en su accionar mantiene como contradicción y enemigo principal el "imperialismo gringo"; desplazando con ello a un nivel secundario el tratamiento de la realidad inmediata local y regional centrada en el acceso a la tierra, la lucha por la sobrevivencia económica, la necesidad de infraestructura, el bajo desarrollo de las fuerzas productivas, y lo que es más, la ruptura con los circuitos de poder local mestizos.

La necesidad de enfrentar salidas a sus propias necesidades ha conducido a un importante proceso de confluencia de debate participativo de las diversas organizaciones, en un espacio de coordinación político propio y autónomo, que se traduce ya en algunas acciones: el encuentro provincial de organizaciones y comunidades campesinas indígenas para rechazar unitariamente la penetración de Visión Mundial, o la necesidad de ir definiendo una participación específica de carácter unitario y provincial basada en un programa campesino indígena a negociarse en la próxima contienda electoral.

El surgimiento de este proceso organizativo regional permite intuir que si bien se mantiene como sustrato material la vigencia y desarrollo de una lucha propia y relativamente autónoma, portadora de un proyecto específico, tiende a recuperar la perspectiva global totalizadora, así como a articularse diferenciadamente en la dinámica nacional. Esto significa que las organizaciones van tomando conciencia propia e independiente de que las respuestas a su condición de explotación y marginalidad no pueden ser planteadas como una contingencia ideológica y tratada exclusivamente como una cuestión de unidad étnico cultural, sino que sin dejar de serlo, deben ser vistas también desde una perspectiva de clase, en la que lo étnico está vinculado con lo popular; condición que vuelca en el debate político de las organizaciones su participación específica en torno a la construcción del Estado—Nación ecua-

toriano.

El país en tanto formación social constituye un espectro de transformaciones en movimiento, en el que las clases están viviendo su configuración en una dinámica multilínea y de gran fluidez en todos los niveles, y en el que las clases a nivel de sus praxis así como de sus representaciones acusan un desigual grado de organicidad, que repercute diferenciadamente en la sociedad nacional acorde a la trama socio-económica en que se asientan regionalmente.

Estas transformaciones a nivel político se constatan en el crecimiento del aparato estatal, su centralización y el zanjamiento de la autonomía local que modifica a su vez el tipo de poder fundado en la hacienda; lo que simultáneamente amplía la "economía pueblerina", y el distanciamiento relativo de las autoridades del patrón; dinámica ésta que tradujo un movimiento contradictorio de desplazamiento de la dependencia de las comunidades desde la hacienda hasta el pueblo mestizo; fenómeno que se inscribe dentro de la transición del Estado Oligárquico al Estado Burgués que impuso el predominio de los sectores medios en la realización del poder local.

La relación entre el Estado y la cuestión Nacional tiene su base histórica en la necesidad artificial de la burguesía de crear un mercado interno, así como de concentrar y controlar recursos, necesidad que define étnicamente a los miembros de la sociedad nacional como "mestizos", cuyo basamento ideológico es el mantenimiento de un espejismo de homogeneidad social que niega las diferencias reales de clase y étnicas de parte del Estado, quien llega a desatar incluso prácticas altamente etnocidas.

Las organizaciones campesino indígenas de Imbabura en sus acciones de revitalización de la lucha étnica cultural desarrollan formas de articulación nacional, en tanto insertan su participación como problema de las clases populares nacionales a través de acciones de solidaridad, de apoyo y, en muchos casos de asumir y reproducir la lucha de otros sectores populares estaecialmente distantes en su ámbito regional; a la par que las relaciones de subordinación tienden a ser enfrentadas por las organizaciones campesinas con la nueva burguesía agraria local, los agentes del capital comercial y usurero operantes en la región, las autoridades mestizas, en cuanto clases sociales y agentes antinacionales.

La participación electoral campesina empieza a ser vista desde esta óptica, a manera de espacio de transferencia de recursos, infraestructura,

etc., a cambio de una supuesta simpatía por determinado candidato político, antes que un medio en sí mismo que posibilite expresar niveles organizativos propios, a no ser que el desarrollo del programa regional campesino elaborándose embrionariamente en la coordinadora provincial, defina la participación directa de indígenas representativos de su proceso, sea por el hecho político de entrar a disputarse espacios de poder dentro del Estado, sea por volcar la fuerte tradición de manipuleo y "confusión" electoral dentro de las comunidades que produce la sed de elecotres de los diversos partidos políticos, hacia una participación campesino indígena propia que rebaza lo regional para alinearse en un proyecto nacional de las diversas clases populares, pero que tiene su soporte en el acceso y control indígena de cuotas de poder locales.